

En la muerte de Luis García Ballester

RICARDO GARCÍA CÁRCEL (*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 485-486]

Se nos ha muerto Luis García Ballester. Me es especialmente difícil separar en este caso la valoración del historiador y de la persona. De las glosas a su trascendental significación en el ámbito de la historia de la medicina española, desde aquel su primer libro de 1962, en colaboración con José M.^a López Piñero: *Antología de la Escuela anatómica valenciana del siglo XVI*, se encargarán otros historiadores más cualificados que yo para valorar su inmensa obra como historiador en sus múltiples frentes (Galeno, moriscos, judíos, Arnau de Vilanova, ...). Yo aquí sólo quisiera evocar el perfil excepcional de Luis García Ballester, maestro de historiadores.

No he conocido a nadie como él, tan identificado con su profesión en su doble vertiente de docente y de investigador, que creyera tanto como él en la función social de la historia que él no concebía sin el adjetivo social vinculado al sustantivo historia, con la capacidad de contagiar y transmitir la pasión y la entrega sin límites a su oficio que él sentía. Nunca olvidaré que fue él el que me acompañó por primera vez al Archivo Histórico Nacional de Madrid para conocer los fondos de la documentación inquisitorial y que a él debo haberme dedicado buena parte de mi vida al estudio de la Inquisición. Nunca dejaré de tener presente aquella insistencia suya en que yo —un historiador aprendiz en 1975— le escribiera un prólogo para su libro: *Medicina, ciencia y*

(*) Catedrático de Historia Moderna. Departament d'Història Moderna i Contemporània. Universitat Autònoma de Barcelona. 08093 Bellaterra-Cerdanyola del Vallès (Barcelona). E-mail: ricardo.garcia@uab.es

minorías marginales. Los moriscos, como así finalmente hice, lo que siempre me pareció —y me sigue pareciendo— un gesto muy propio de Luis hacia la gente joven: la apuesta incondicional por lo que él creía que representaba el progreso. Nunca dejaré de recordar aquella su audacia militante por la libertad durante los años del franquismo, sin haber tenido jamás adscripciones políticas partidarias (él, ante todo, creía en la épica del héroe frente al perverso sistema), su solidaridad con la marginación, la periferia social y los perdedores de todo pelaje, su fe en la capacidad redentora de la ciencia, la única vía para salir del aislacionismo español respecto a Europa, su vitalidad mediterránea que ponía al servicio de su sentido misional del oficio de historiador.

Ciertamente, su muerte nos deja huérfanos a muchos de los historiadores ex-jóvenes que él tanto apoyó y protegió. Pero sobre todo nos deja con la angustia de contemplar un horizonte político, social y universitario mediocre y gris, que constituye en muchos aspectos la antítesis exacta del mundo por el que él tanto luchó. Aquellos textos cervantinos de glosa de la libertad de conciencia que tanto le gustaban, me temo que hace tiempo que se marchitaron, aquella exaltación del propio país de Salvador Espriu que él tanto repitió y que estoy seguro siempre le ayudó a superar la tentación de abandonar «aquest país aspre i sec», hoy nadie la recuerda. En la hora de la muerte, mientras evocamos con tristeza su figura, queremos con el mayor optimismo de la voluntad, pese a todo, pensar que su esfuerzo a lo largo de sus sesenta y cuatro años de vida, no ha sido valdío, no puede ser estéril. Al menos, la memoria de su ejemplo estará siempre con nosotros.